

---

---

# Pedro Páramo: texto e ideología

---

---

## I

### 1. Introducción

*«De nobis ipsis silemus»*

La lógica productiva del texto responde a la radical historicidad del campo ideológico denominado «Literatura»<sup>1</sup>; es decir, la «Literatura es el producto peculiar de un inconsciente ideológico segregado desde una matriz histórica, propia de unas relaciones sociales dadas»<sup>2</sup>; radical historicidad condicionada por la historicidad de la matriz ideológica que resulta negada tanto por el positivismo empirista cuanto por el historicismo de tipo fenomenológico-kantiano que operan a partir de la hipóstasis mítica del sujeto (y sus traducciones sinonímicas «espíritu humano», «artista»..., y nociones epistémicas como «écart», «transformación»...), según se trate de un enfoque formalista o sociologista<sup>3</sup>. El texto se legitima por el hecho de ser producido en cuanto práctica significativa translingüística y objeto de conocimiento: el efecto ideológico denominado «Literatura» se define como «derivación filosófica investida en y por la representación verbal, sometida a esta representación; como puesta en escena de la filosofía por la captación de los sujetos sociales»<sup>4</sup>. El concepto de dialogismo y paragrama kristevianos<sup>5</sup> describe puntualmente el proceso de trabajo entre la producción del saber y la producción del texto «literario»: «Todo texto, lejos de vincular con una “verdad” eterna o con una subjetividad creadora, remite a su situación histórica mediante la relación con otros textos de los cuales se muestra más o menos capaz de leer o reescribir los efectos»<sup>6</sup>. El texto sólo será descodificable por referencia al metatexto: la Sociedad y la Historia. Todo texto es absorción/transformación de una multiplicidad de otros textos, atravesado por la intertextualidad, el

---

<sup>1</sup> Cf. J. C. RODRÍGUEZ (1974), 5-26.

<sup>2</sup> Cf. J. C. RODRÍGUEZ (1974), 25.

<sup>3</sup> Para el concepto de «ideología», cf. L. ALTHUSSER (1974), en AA. VV. (1974), 181-183; L. ALTHUSSER (1977), 69-126, y M. HARNECKER (1976), cap. VI, 97-103. Para las nociones de «mentira metonímica» y «discurso metafísico y logocéntrico», cf. R. BARTHES (1980) y J. DERRIDA (1971). Cf., asimismo, I. AMBROGIO (1975), 12 ss., para una crítica del mecanicismo plejanovista y el empiriocriticismo machístico de Bogdanov.

<sup>4</sup> Cf. «Tesis Generales» de *Tel Quel*, núm. 44 (1971), reproducido en AA. VV. (1976), 87-92.

<sup>5</sup> Cf. J. KRISTEVA (1978), 228 y 238-253.

<sup>6</sup> Cf. J. KRISTEVA (1974), 83-85 para los conceptos de «genotexto» y «fenotexto».

ideologema, la logosfera y la poliglota<sup>7</sup>. La producción textual es una práctica política, relativamente autónoma, conectada a una postura ideológica<sup>8</sup> más o menos explícita o enmascarada, pero a través de la cual el autor percibe/refleja<sup>9</sup> el proceso histórico: la «Literatura», en cuanto forma ideológica histórica es un proceso material (que produce efectos imaginarios) que se inscribe en el nivel de las superestructuras<sup>10</sup>.

Según E. Balibar y P. Macherey, «lo que produce el texto literario es fundamentalmente la eficacia de una o varias *contradicciones ideológicas* en tanto que precisamente tales contradicciones no pueden ser realmente resueltas *en la ideología*»<sup>11</sup>. Ahora bien: el discurso ideológico originario aparece travestido en el texto en su materialidad escrituraria (síntesis imaginaria<sup>12</sup> de las contradicciones) y la producción simultánea de efectos de ficción y realidad puesto que el escritor «no es más que en apariencia el autor de la ideología contenida en su obra; de hecho esta ideología se ha constituido independientemente de él»<sup>13</sup>. Entre el texto y la realidad histórica se interponen una serie de intermediarios: «El libro no es un reflejo directo de lo real y no hay, por consiguiente, un espontaneísmo de la significación»<sup>14</sup>; de ahí que «la relación del espejo con el objeto que refleja (la realidad histórica) es *parcial*; el espejo efectúa una escogencia, selecciona, no refleja la totalidad de la realidad que se le ofrece»<sup>15</sup>. La ilusoria totalidad reflejada viene determinada por la asimetría textual y la imposibilidad de una reproducción mecánica. El texto posee un contenido ideológico, pero formaliza específicamente este contenido: La obra es, a la vez, reflejo y ausencia de reflejo; en palabras de L. Althusser: «El arte (...) no nos da en sentido estricto un conocimiento y no reemplaza, por tanto, al conocimiento (...); sin embargo, lo que nos da mantiene cierta relación específica con el conocimiento»<sup>16</sup>. El arte no es la ideología o, como dice A. Badiou, el proceso estético «descentra la relación especular en la cual la ideología perpetúa su infinitud cerrada»<sup>17</sup>. Rechazada, pues, la noción de totalidad, el texto se presenta como una objetividad multiestratégica y polifónica que guarda con la realidad una relación no isomorfa<sup>18</sup>. El texto refleja parcialmente la realidad a fuerza de estructurarla y conformarla estéticamente en tanto sistema de modelización secundario, en palabras de Y. Lotman<sup>19</sup>. La «Literatura», en consecuen-

<sup>7</sup> Cf. R. BARTHES (1973) y J. KRISTEVA (1978), 147-148; también, y para la noción de «poliglota», cf. Y. LOTMAN (1978), 27.

<sup>8</sup> Cf. las declaraciones de P. GUYOTAT en *La Nouvelle Critique*, núm. 42 (marzo 1971), 61-67, reproducidas en AA. VV. (1975), 61-75.

<sup>9</sup> Cf. E. BALIBAR y P. MACHEREY (1973), 27: «La categoría marxista del “reflejo” es esencialmente distinta de una *imagen*, la imagen empirista y sensualista de la *reflexión* en un “espejo”».

<sup>10</sup> Cf. L. ALTHUSSER (1977), 76-78 para el concepto de «totalidad social» no hegeliana.

<sup>11</sup> Cf. E. BALIBAR y P. MACHEREY (1973), 34, y F. VERNIER (1975).

<sup>12</sup> Cf. E. BALIBAR y P. MACHEREY (1973), 35, para la «puesta en escena» de la ideología.

<sup>13</sup> Cf. P. MACHEREY (1974), 115.

<sup>14</sup> Cf. P. MACHEREY (1974), 119.

<sup>15</sup> Cf. P. MACHEREY (1974), 121.

<sup>16</sup> Cf. L. ALTHUSSER (1974b), 86.

<sup>17</sup> Cf. A. BADIOU (1974), 93.

<sup>18</sup> Para una lectura crítica de la teoría leninista del reflejo, cf. E. PRÉVOST (1973). Complementariamente, cf. A. SÁNCHEZ VÁZQUEZ (ed. 1970), y su crítica del socialrealismo.

<sup>19</sup> Cf. Y. LOTMAN (1978), 23.

cia, produce y crea una cierta realidad y un cierto efecto social en cuanto práctica semiótica. Las homologías entre texto y clase no son mecánicamente isótopas, sino que entre ellas se establece una relación indirecta de tipo estructural complejo claramente explicitado por L. Goldmann<sup>20</sup> en su definición del texto novelesco como biografía y crónica social; por G. Della Volpe<sup>21</sup> en su delimitación de la «artisticidad» (valores semánticos-estilísticos, contextuales-orgánicos o polisentido connotativo); por K. Kosik<sup>22</sup> en su crítica de la petrificación mitologizante y la mixtificación fetichista del factor económico como objeto autónomo; y, sobre todo, por G. Lukács<sup>23</sup> con su teoría de la totalidad cerrada del texto en cuanto clausura y universalización tipificadora<sup>24</sup>: «Hay una interrelación muy complicada entre situación social, concepción del mundo, comprensión artística e intención de la personalidad creadora en una situación histórica determinada y determinante; esa interrelación determina la elección y la aplicación de una técnica determinada»<sup>25</sup> sin que sea posible divorciar la objetividad de la subjetividad estética estructurante y su efecto producido: la particidad íntimamente conectada con la objetividad niega la aporía idealista del carácter metahistórico del texto<sup>26</sup>: «La historicidad de la realidad objetiva cobra precisamente en las obras de arte su forma subjetiva y objetiva»<sup>27</sup>, puesto que, como dice A. Egórov, la imagen artística «posee un valor cognoscitivo y, además, un valor ideoestético»<sup>28</sup>; imagen que es definida por L. Timoféiev como «un cuadro concreto y a la vez generalizado de la vida, creado mediante una ficción que posee significado estético»<sup>29</sup> en la que descubrimos la interrelación dinámica entre transfiguración y reproducción creadora puesto que, en palabras de A. Zis «lo estético implica lo ético»<sup>30</sup> así como lo típico supone la unidad de la generalización y de la individualización: «La producción produce, por tanto, no sólo el objeto para el sujeto, sino también el sujeto para el objeto»<sup>31</sup>; o, como quiere C. Pérez Gallego<sup>32</sup>, el cerco narrativo implica una conducta estilística materializada en forma de metáfora social que es, a la vez, «una microestructura de la realidad»<sup>33</sup>; microestructura que, para

<sup>20</sup> L. GOLDMANN (1975), 20. Como indica V. BOZAL (1976), 23-24, el simplismo plejanovista y la determinación mecánica de la infraestructura sobre la superestructura, incurrió en un monismo idealista y dogmático al negar la coexistencia del lenguaje propio de la poética con el contexto social.

<sup>21</sup> Cf. G. DELLA VOLPE (1966) y su análisis lógico del texto como polisentido.

<sup>22</sup> Cf. K. KOSIK (1967), 154: «La obra de arte (...) es una estructura compleja, un todo estructurado, en el que se vinculan en unidad dialéctica elementos de distinta naturaleza: ideológicos, temáticos, de composición, de lenguaje».

<sup>23</sup> Cf. G. LUKÁCS (1965), (1982).

<sup>24</sup> Cf. V. BOZAL (comp.) (1976), 45-178 para la visión de Marx-Engels de lo «literario».

<sup>25</sup> Cf. G. LUKÁCS (1965), 202.

<sup>26</sup> Cf. G. LUKÁCS (1982, vol. I), 23 y 25.

<sup>27</sup> Cf. G. LUKÁCS (1982, vol. I), 25.

<sup>28</sup> Cf. A. EGÓROV (1978), 175.

<sup>29</sup> Cf. L. TIMOFÉIEV (1979), 55.

<sup>30</sup> Cf. A. ZIS (1982).

<sup>31</sup> Cf. A. K. DRIOMOV, en AA. VV. (1980), 289.

<sup>32</sup> Cf. C. PÉREZ GALLEGO (1975) para las relaciones texto y contexto.

<sup>33</sup> Cf. C. PÉREZ GALLEGO (1973), 29.